

Ana Polo Alonso

Sissi

*La verdadera historia de Elisabeth,
emperatriz de Austria y reina de Hungría*

la esfera  de los libros

Múnich, 24 de diciembre de 1837

El nacimiento de la nueva Herzogin* estuvo rodeado de malos augurios, comenzando porque vino al mundo en la víspera de Navidad, señal de mal fario, y encima tenía ya un diente fuera, como también le había ocurrido a Napoleón, lo que podía ser un presagio de que aquella chiquilla tendría un porvenir ilustre que los siglos venideros recordarían o, por el contrario, vaticinaba muchas desdichas y un final catastrófico, lo mismo que había sufrido aquel general que disfrutó de la gloria y se coronó emperador de Francia, pero acabó derrotado y en el exilio.

Sin embargo, dado que la pequeña Herzogin también había nacido en domingo, día del Señor, símbolo de luz y de vida eterna, muchos quisieron creen que los malos auspicios podrían ser contrarrestados. Pero, como demostrarían los años, ni siquiera semejante poder de protección serviría para lo que los astros le tenían preparado. Su devenir sería tan excelso como trágico y, aunque el destino le reservaba un lugar privilegiado, también le deparaba lágrimas, muchas desgracias y una muerte cruel a manos de un asesino.

* Duquesa en alemán.

Prólogo

La mujer detrás del mito

«La emperatriz vivirá en leyendas,
no en la historia».
Memorias de la condesa Fürstenberg,
dama de compañía de Sissi

Ginebra, 10 de septiembre de 1898

El anarquista tomó aire y se aseguró de que el punzón seguía en su bolsillo. Acarició con los dedos la larga aguja y rozó suavemente la punta para comprobar si estaba lo suficientemente afilada. Algo gruesa, se lamentó. Tendría que asestar un golpe con gran fuerza para que diera resultado. Una puñalada profunda y seca. Ese era el plan, recordó: acercarse, dar un pinchazo limpio justo debajo del pecho y salir corriendo. La púa le perforaría el pulmón y llegaría directa al corazón. En unos minutos estaría muerta.

Luigi Lucheni miró a su alrededor. Era una tranquila mañana de sábado, soleada y sin una nube en el horizonte. El verano todavía se arrastraba en Ginebra y el calor al mediodía era asfixiante, pero aun así los transeúntes caminaban alegres

por el paseo empedrado que bordeaba el lago Lemán mientras veían pasar los barcos de vapor que se acercaban al muelle. Lucheni también decidió andar un rato para calmar los nervios. Mientras avanzaba abría y cerraba la mano y movía los dedos para mantenerlos alerta. Solo dispondría de unos segundos, calculó: tendría que meter la mano a toda velocidad en el bolsillo, tomar el punzón justo por el mango de madera, agarrarlo con fuerza con el puño prieto, tensar los músculos, contener la respiración y dar el golpe. Tenía miedo de que la aguja se cayese. La noche anterior había metido cuidadosamente el agujón en el soporte, pero no la había fijado bien y la púa aún se balanceaba. Maldita sea, maldijo. No tenía ni una triste moneda y no había podido pagar los doce francos que le pedían por un cuchillo, por lo que había tenido que improvisar. Un amigo le había dado un alambre puntiagudo que usaba en su fábrica para agujerear los ojales de las agujas y él le había añadido un trozo de madera que se había encontrado por la calle. Un vulgar alambre, rabió. Aquello no iba a salir bien. Notó cómo un sudor frío le recorría la frente. Volvió a abrir y cerrar el puño. Los nudillos crujieron.

Algunos lo miraron con miedo y se apartaron. Lucheni no tenía cara de muchos amigos y aquella mañana estaba especialmente tenso, por lo que su rostro, ancho y huesudo y con la mandíbula marcada, invitaba a mantener las distancias. Parecía viejo: aunque tenía poco más de veinte años, muchos le añadían una decena más. Tampoco se podía decir por su aspecto de dónde venía exactamente: tenía facciones rusas, de la estepa, unos rasgos duros, como si estuvieran cincelados, lo que demostraba que se había curtido a la intemperie y había pasado más de una adversidad. Lo que era verdad, pero no porque fuera ruso, que no lo era (había nacido en París, hijo de inmigrantes italianos), sino porque había vivido largos años en la miseria y últimamente no tenía ni para comer. Lucheni sobrevivía con lo justo

y vestía de manera desaliñada: aquella mañana portaba un traje rozado y sucio, con chaleco y americana y un feo jersey de rayas como si fuera un presidiario. En su cabeza se inclinaba un viejo sombrero polvoriento.



Mientras paseaba, el anarquista escuchó a lo lejos el estridente ruido de la chimenea de una embarcación que pedía paso entre las mansas aguas. Era una nave larga, oscura e impoluta, de varios pisos y un par de mástiles, bastante más lujosa que el resto de los buques que transportaban a pasajeros de una punta a otra del lago. En el centro de la cubierta lucía orgullosa su nombre: *M. S. Genève*.

A Lucheni aquel nombre no le dijo nada, pero sí a la condesa Irma Sztáray, que divisó la imponente nave desde una ventana del Grand Hotel Beau Rivage y se giró de inmediato a la mujer que tenía a su lado:

—Es la una y media, majestad. El barco está llegando.

Elisabeth, emperatriz de Austria y reina de Hungría, se ajustó el grueso velo para que le cubriera completamente la cara, se incorporó lentamente de su asiento y tomó un paraguas.

—Salgamos —ordenó.

Ambas damas se dirigieron al gran *hall*. Madame Mayer, la *maîtresse* del hotel, una mujer de rostro despierto y mirada inteligente, corrió a despedirlas y les dedicó una respetuosa reverencia. Todos los trabajadores la imitaron, y mientras la emperatriz avanzaba por la gran sala se giraron hacia ella y doblaron el cuerpo. Ninguno, sin embargo, se atrevió a musitar un «*Votre majesté...*». Elisabeth lo había prohibido tajantemente: estaba allí de incógnito, bajo el título falso de condesa

de Hohenems, y no deseaba ser molestada con protocolos innecesarios.

—Madame, ¿queréis que algunos de nuestros guardas de seguridad os escolten? —preguntó Mayer. Que la emperatriz de Austria estuviera en la calle sin más protección que su dama de compañía la ponía muy nerviosa.

—No será necesario —respondió ella, y siguió andando.

Justo antes de salir, la condesa Sztáray miró de reojo al bonito reloj de pared que había en la sala. La una y treinta y siete minutos. Si no se daban prisa, perderían el barco.



Lucheni vio a dos mujeres en la gran puerta de madera oscura jalonada de columnas blancas que daba a la *rue du Mont Blanc*. Una era una mujer alta y muy delgada, completamente vestida de negro y con un suave velo que le tapaba la cara. Detrás de ella iba otra, también de luto, aunque con el rostro al descubierto. El portero le dedicó un gran saludo a la primera y tan solo inclinó la cabeza levemente a la segunda, lo que le indicó al anarquista quién de las dos era su presa. Era una lástima que no iba a poder ver su cara, pensó. Se rumoreaba que había sido la mujer más bella de Europa y a Lucheni le hubiera gustado comprobar qué quedaba de aquella reina que había desatado la histeria entre las masas.

Las damas dejaron atrás la fachada de piedra blanca y amplios balcones y giraron a su izquierda en la primera esquina. Una gran avenida se abrió ante ellas. A su izquierda, dos leones de piedra sobre altos pedestales custodiaban un monumento gótico que recordaba a la cima de un campanario antiguo. A su derecha, una carretera de polvo se entremetía por jardincillos con arbustos y un césped bien cuidado. No había apenas tráfico

y los pocos carruajes avanzaban lentamente haciendo un ruido estrepitoso. Lucheni las observó mientras sus pequeñas figuras se entrecortaban entre los árboles. Metió la mano en el bolsillo, tomó el punzón por el mango y se dirigió hacia ellas. Recuerda, pensó: un golpe rápido y salir corriendo. Repasó la ruta: la mataría en el paseo, justo antes de que llegara al puerto, no esperaría a que cayese al suelo, saldría disparado por la *rue du Mont Blanc*, tomaría la *rue des Alpes* y se metería por una de las callejuelas que conducían al centro. Se concentró en su presa: mírala, se dijo, no la pierdas de vista. El corazón le latía cada vez con más fuerza.

Un niño se le cruzó portando un aro que hacía rodar con un palo. Lucheni se fijó en su cara angelical, rubia e inocente, y aquella visión, como si fuera un ángel, hizo que se acordara de sí mismo de crío. Él nunca había podido jugar como aquel chiquillo suizo. La suya era una historia anodina y dura. No conoció a sus padres: su madre lo dejó en la puerta de un orfanato nada más nacer. Supo que era una italiana que había ido a París a buscar trabajo. Luigia, le dijeron que se llamaba; siempre le había gustado aquel nombre tan solemne y musical. Nunca nadie le supo decir quién era su padre y él se lo había intentado imaginar millones de veces: un trabajador italiano, fuerte como él y algo rudo. Quería pensar que era un buen hombre, aunque temía que fuera todo lo contrario: un desalmado que habría violado a su madre y se habría fugado. Era lo más probable. Rememoró todos los orfanatos por los que había pasado: uno, dos, tres... Ya no recordaba el número exacto. En todos lo trataron mal; de todos se intentó escapar. Lo pusieron a trabajar con diez años. Y después vino el ejército. ¡Cuánto sufrimiento había visto mientras los ricos se divertían! Lucheni se acordó de los soldados muertos en los campos de Abisinia, en aquellas estepas inmensas de tierras ocre y rojizas. La

sangre, los ojos en blanco, las heridas pestilentes que perforaban cuerpos inocentes. ¡Cuántos se habían dejado la vida por la vileza y la estupidez de los de arriba! Los poderosos, los ricos: Lucheni había aprendido a odiarlos desde siempre. Eran el mal, el origen de sus desgracias, su enemigo. El anarquismo lo había salvado. O eso pensaba él. Al menos le había ordenado el odio y lo había dirigido hacia una meta: destruir al sistema y liberar a los oprimidos. Era su destino: matar a alguien importante para vengar la sangre de los suyos. Daba igual a quién: un rey, un archiduque o un príncipe. En cuanto se enteró de que la emperatriz de Austria estaba en Ginebra, le pareció una presa tan buena como otra cualquiera. Lo había preparado todo en cuestión de horas, pero lo importante era que su gran momento había llegado: estaba a punto de cumplir su objetivo.

Agarró el punzón con fuerza y se dirigió hacia las dos mujeres. Al principio fue lento, luego aceleró el paso. Cuatro metros de distancia, tres, dos...



La emperatriz no sintió dolor. Tan solo notó una punzada rápida en un costado mientras aquel hombre se le abalanzaba. Del golpe cayó al suelo. Su cabeza chocó bruscamente contra el pavimento.

—¡Majestad! ¡Majestad! ¿Os encontráis bien? —gritó la condesa Sztáray. Ella no contestó: estaba demasiado aturdida por el impacto.

Un cochero que pasaba justo en ese momento se detuvo en seco y corrió a auxiliar a aquella dama tirada en la acera. Un conserje del hotel, un tal Planner, que la había estado vigilando por orden de madame Mayer, acudió a toda prisa.

—¡Madame! ¡Madame! —chillaban todos a su alrededor mientras la levantaban.

—Estoy bien, gracias —dijo ella finalmente—. No ha sido nada, no se preocupen. ¿Quién era ese hombre? ¿Le han podido ver el rostro?

—No... Lo siento —se excusó la condesa—. Creo que venía de detrás de aquellos arbustos. No me percaté de su presencia hasta que lo vi correr hacia vos y se tiró encima vuestro. Temí que fuera a robaros.

—Sí, yo también. En fin, menos mal que ha quedado todo en un susto. —Se limpió las ropas del polvo con gesto enérgico y ordenó a la condesa—: Bien, démonos prisa. El barco nos espera.



Nunca llegó a su destino. Después de embarcar, sintió un fuerte dolor en el pecho y perdió el sentido. Se desmayó en cubierta. Una enfermera que había entre el pasaje logró reanimarla. La emperatriz volvió a ponerse de pie, pero al cabo de unos minutos se desmayó de nuevo. La condesa Sztáray le desabrochó la blusa y le aflojó el corsé para que pudiera respirar. Fue entonces cuando la vio: una gran mancha roja de sangre se expandía peligrosamente a la altura del corazón.

—¡Detengan el barco! ¡Es la emperatriz de Austria! —gritó la condesa Sztáray ante la mirada atónita del resto de pasajeros.

—¿Cómo dice? —El capitán, que se había personado en la escena, no daba crédito.

—Esta mujer es Elisabeth de Austria, esposa del emperador Francisco José I. Es la emperatriz. Viajaba de incógnito —insistió la condesa.

El capitán no quiso tentar a su suerte y enzarzarse en una discusión sobre la verdadera identidad de aquella mujer que se desangraba en el suelo. Por si acaso, gritó a pleno pulmón:

—¡Den media vuelta!

El barco viró rápidamente.



Improvisaron una camilla con un bote salvavidas y unos cuantos cojines. Seis marineros la bajaron cuidadosamente del barco y la portaron corriendo hasta el hotel Beau Rivage. En el *hall* cundió el pánico al ver a la emperatriz llegar moribunda, con el rostro pálido y sin poder apenas respirar.

—¡Que alguien avise al doctor Golay! —se escuchó en la sala—. ¡Rápido! ¡Y traed a un párroco!

La llevaron a su habitación y la colocaron en la cama. Respiraba cada vez con mayor dificultad. La herida sangraba a borbotones mientras la condesa intentaba taponarla con una toalla que alguien le facilitó. El médico llegó en cuestión de minutos. En cuanto vio la herida, supo que no había nada que hacer. Perforación de pulmón y probablemente de la aorta coronaria, pensó. Mortal.

Veinte minutos más tarde, Elisabeth, emperatriz de Austria y reina de Hungría, exhaló su último aliento. El doctor Golay cerró los ojos con rabia y, con los labios temblando, pronunció:

—Su majestad ha muerto.



Viena, 15 de septiembre de 1955

—¡Corten!

El director Ernst Marischka rugió en medio del enorme salón del palacio de Schönbrunn, a las afueras de Viena, donde rodaba su última película. Era un hombre gordinflón, de cara redondeada, amplios mofletes y prominente calva que siempre estaba sudorosa. A pesar de que hacía mucho calor, vestía un traje de chaqueta gris y una corbata roja que desentonaba.

—Romy, querida, has estado estupenda —comentó con su voz meliflua.

Romy Schneider, la joven actriz que daba vida a la protagonista, sonrió y se sonrojó levemente. Tenía diecisiete años por entonces y, aunque ya había hecho unas cuantas películas, aún se azoraba un poco cada vez que un director la alababa.

—Cinco minutos de descanso —anunció el director—. Romy, ahora es la escena en que Sissi discute con su futuro marido, el emperador. Di que te cambien el traje.

Romy Schneider salió de la sala y se dirigió al vestuario. Por el camino se ajustó aquella maldita peluca que tanto le desagradaba y le daba dolor de cabeza. «¿Cómo diablos debía aguantar la verdadera Sissi una cabellera que pesaba cinco kilos?», maldijo. «¡Y aquellos trajes!», pensó. «¡Es imposible moverse con semejantes faldas! ¿Cómo podían sentarse?». Llegó a la sala que se había habilitado como ropero. Decenas de percheros custodiaban vestidos y uniformes del antiguo imperio austrohúngaro, con sus galones y correas, cintas, condecoraciones y espadas falsas. Ya le tenían preparado el traje que llevaría: uno azul, sin mangas, con muchos volantes y bordados de pedrería. A su lado le esperaba una nueva peluca: un aparatoso monstruo repleto de bucles y tirabuzones.

La asistenta la ayudó a vestirse y una peluquera le colocó aquel armatoste de pelo castaño oscuro. Luego le acercó un estuche de terciopelo, lo abrió y le enseñó un enorme broche de diamantes con forma de flecha.

—Dicen que es un broche auténtico de Sissi. Que fue un regalo del emperador —le explicó la peluquera—. Habrá que ponerlo con cuidado.

Romy Schneider se miró al espejo mientras se lo colocaban y luego se quedó unos segundos en silencio, contemplando maravillada aquella joya. La tocó delicadamente, intentando imaginarse lo que debió sentir la verdadera Sissi al verse con aquello en la cabeza por primera vez.

—Qué maravilla ser la emperatriz de Austria, ¿verdad? —comentó la peluquera admirando la alhaja.

—¿Tú crees? —respondió Romy un tanto incrédula—. Tengo la sensación de que debió ser una desgraciada.

—Pero ¡qué dices! ¡Pero si vivía en palacios y tenía criados y Francisco José la amaba! ¿No te has leído el guion de la película? —Esbozó una sonrisa—. Una joven princesa de Baviera que encuentra al amor de su vida y resulta que ese hombre perfecto es el emperador...

—Todo esto... —dijo Romy Schneider, señalando a la sala del palacio—. Todo esto tuvo que ser una cárcel para ella. Creo que estamos vendiendo una farsa —suspiró la actriz con desgana. Y no le faltaba razón.



El 21 de diciembre de 1955 se estrenó en los cines austríacos la película *Sissi*, la primera de una trilogía que catapultó a la antigua emperatriz de Austria y reina de Hungría a un nivel de popularidad extraordinario y totalmente inesperado.

Romy Schneider apareció aquella noche radiante con un vestido a la altura del tobillo y un bolero a juego. A su lado iba su madre, Magda Schneider, también actriz en la película —daba vida a la duquesa Ludovica— con una estola de piel. En cuanto

bajaron el coche que las portaba, el público enfervoreció y ambas sonrieron ampliamente mientras los *flashes* de los fotógrafos las deslumbraban. Romy parecía algo abrumada, pero Magda estaba encantada. Aquello era un triunfo personal para ella, el fin de su mala racha. Hacía años que rodaba películas y de joven había logrado una gran fama, pero había trabajado en muchas obras durante el Tercer Reich y Hitler la consideraba su actriz favorita. De hecho, Magda, su marido Wolf Albach-Retty y su hija Romy vivieron durante años muy cerca del retiro veraniego del Führer en Baviera. Lo visitaban a menudo y, décadas más tarde, Romy llegó a reconocer que su madre y Hitler habían sido amantes.¹

Tras la Segunda Guerra Mundial, Magda llegó a temer que sus contactos con los nazis finiquitasen su carrera, pero pronto descubrió que tenía una tabla de salvación en su propia hija, la cual comenzó rápidamente a despuntar como actriz en películas de poca monta. Magda no dudó en explotar mediáticamente a Romy y juntas protagonizaron en 1954 *Los jóvenes años de una reina*, sobre los primeros años de la reina Victoria de Inglaterra y su historia de amor con el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha. El éxito de la película fue tal que su director, Ernst Marischka, decidió seguir aprovechando las historias de jóvenes mujeres de la monarquía y, al año siguiente, volvió a llamar a Romy y a Magda para protagonizar la vida de Elisabeth de Austria y Hungría.

De la noche a la mañana, Elisabeth von Wittelsbach, antigua princesa de Baviera, se transformó en un objeto de culto, en un verdadero fenómeno que traspasó fronteras. Romy Schneider se convirtió en una estrella y también en un nuevo icono cultural: en un momento en que actrices exuberantes y de gran carga erótica, como Marilyn Monroe y Brigitte Bardot, dominaban el celuloide, Romy se erigió como su antítesis. Su

imagen era el arquetipo de la mujer infantilizada, cuyo verdadero lugar estaba en el hogar con su familia. Era inocente, pura, humilde y, sobre todo, virginal. Mientras Brigitte Bardot representaba a una nueva mujer —poderosa, rebelde, liberada sexualmente—, Romy fue relegada a conservar los valores tradicionales. Una significaba la emancipación, la ruptura total con el pasado; la otra era la modestia, la reivindicación de la tradición y de la familia.

La realidad de Romy Schneider, por supuesto, no se ajustaba a aquella imagen anodina y algo cursi: por aquel entonces mantenía un romance —muchos dicen que tórrido— con el actor Horst Buchholz, el llamado James Dean alemán, un tipo mayor que ella y con fama de rebelde. Pero Magda intervino para que el romance no se conociera y su hija mantuviera intacta su fachada inmaculada ante la prensa.

El vestuario de la película contribuyó a consagrar esta imagen de pureza virginal. Los trajes de Sissi fueron diseñados por Gerda Gottstein, Franz Szivats y Leo Bei, los cuales se inspiraron en las creaciones de gran gala de mediados del siglo XIX, con esas faldas superlativas y profusión de encajes y bordados. La exactitud histórica fue lo de menos: se buscó la espectacularidad y el glamur a raudales, y aunque se respetó la gama de colores que la auténtica Sissi solía lucir antes de vestirse de luto tras la muerte de su hijo —el blanco, el azul claro, el rojo veneciano, el amarillo narciso, el rosa pastel y el verde oscuro—, los atuendos no siempre correspondían con la realidad. En su día a día, la verdadera Sissi no utilizaba aquellos vestidos recargados y, de hecho, fue ella quien, después de cumplir los cuarenta años, más contribuyó a popularizar en Europa un nuevo estilo, con faldas rectas y siluetas entalladas. Pero ese pequeño detalle histórico no fue tenido en cuenta: hacía poco, en 1950, se había estrenado la película *Cenicienta*, de Disney, y el público espe-

raba ver siempre a la realeza vestida como el personaje de dibujos animados, con vestidos de ensueño, mucho tul, brillo y fantasía. Y los diseñadores de Sissi se lo ofrecieron.

Además, el resto de la película tampoco es que fuera una representación fidedigna de la vida de Elisabeth de Austria y Hungría. Lo que explicaba la trilogía de Sissi —y lo que muchos espectadores dieron por cierto— era prácticamente falso. Más allá de que existió una tal *Sisi* —lo de Sissi, con dos eses, también fue por las películas— y de que se casó con el emperador Francisco José, la versión que se vendió de ella era una fábula artificial fabricada para unas masas que acababan de dejar atrás hacía poco la Segunda Guerra Mundial y querían distraerse con cuentos de hadas. Aquella Sissi era un bonito pero vulgar mito.

La auténtica no tenía nada que ver con aquella versión romántica y almibarada. Sissi era, en verdad, una chiquilla enfermizamente tímida, muy romántica, sin especial formación cultural y con la cabeza siempre en las nubes a la que obligaron a casarse contra su voluntad cuando tenía dieciséis años con un hombre al que apenas había visto unos días seguidos. Ni estaba enamorada de él ni lo estaría nunca, aunque con el tiempo le tomó cierto cariño. Su vida en la corte de Viena fue tal pesadilla que acabó con depresiones agudas y problemas de anorexia, probablemente también bulimia y vigorexia. Los ataques de ansiedad fueron constantes y, con los años, furibundos.

Más allá de una insípida mujer ataviada con trajes de amplias faldas y peinados imposibles, Sissi era un personaje increíblemente complejo que aún hoy en día vive atrapado en estereotipos. Aunque de joven su instrucción fue precaria y a todas luces insuficiente, con los años adquirió una vena casi intelectual y llegó a ser una mujer muy culta, aunque no según los parámetros de la época. En su tiempo fue considerada una mujer muy bella —la reina más hermosa de Europa,

aseguraban muchos—, pero sin cerebro. Después de charlar con algunas condesas o duquesas en los bailes de palacio, estas solían comentar: «*Comme elle est bûche!*», qué tonta que es o, más bien, qué dura de mollera. Su incapacidad para mantener conversaciones livianas fue objeto de bromas; su falta de habilidad en el idioma francés, entonces la lengua en la que se expresaba la realeza europea, provocó comentarios hirientes. Incluso su marido consideraba que no tenía ningún don para las lenguas extranjeras y, cuando ella le anunció que quería aprender húngaro, él le comentó que no lo conseguiría. Para su sorpresa, lo hizo. Poco después de cumplir los cincuenta años, también se puso a estudiar griego antiguo y llegó a traducir trozos de la *Odisea* de Homero. Se aficionó a la arqueología, se volvió una experta en mitología clásica, era una ferviente admiradora del poeta Heine y ella misma escribió varios volúmenes de poesía.

La suya fue una vida de fuertes contrastes. Sissi pasó de ser una adolescente sin especial donaire, un verdadero patito feo —de pequeña su propia madre aseguraba que no era muy agradecida—, a una musa de belleza y elegancia que provocó la histeria entre las masas. Muchas décadas antes de los fenómenos de Jackie Kennedy o la malograda Diana de Gales, ella ya se convirtió en una figura de culto mediático, el precedente directo de una fama a raudales que hoy solo despiertan algunas estrellas de Hollywood. Pero, aunque atrajo la atención del público y despertaba suspiros de admiración por donde pasaba, ella nunca superó su inseguridad profunda. Vivió bajo la mirada de miles de personas, pero ella siempre fue increíblemente solitaria y tímida. Encandiló a dignatarios extranjeros —el mismísimo sah de Persia quedó obnubilado en su presencia—, pero ella tenía tanta pena adentro y tantos complejos que acabó con severos trastornos de alimentación.

Su obsesión por mantenerse joven —llegó a dormir con máscaras recubiertas de filetes de ternera crudos para hidratar la piel— y su afición desmedida al deporte —había días en que practicaba más de seis horas seguidas— han hecho que algunos biógrafos la presenten como una pionera, como una mujer muy avanzada a su tiempo. Pero es un error verla así: el culto a su imagen fue más el resultado de una enfermedad que de una voluntad sana de mantenerse en forma. Sissi no fue una precursora del fervor por los gimnasios y los cosméticos; fue una mujer con problemas de salud mental cuyas dolencias no eran ni conocidas y mucho menos entendidas en su tiempo.

En las últimas décadas se la ha intentado rescatar de los mitos en que estaba sepultada, pero no siempre se ha conseguido: Sissi ha pasado de ser el icono de la superficialidad a un símbolo del feminismo más vanguardista, sin que ninguna de estas categorías se ajuste a la realidad. Es verdad que fue una mujer muy liberal en sus ideas políticas que consideraba que el absolutismo recalcitrante que representaba su marido era pernicioso y estaba condenado al fracaso, pero no era ni de lejos la anarquista anticlerical que muchos han querido ver. También fue una mujer convencida de que el futuro estaba en las repúblicas y en valores burgueses y no aristocráticos, pero tampoco fue nunca una defensora de las clases obreras —de las cuales nunca se preocupó— y ella misma disfrutó de un tren de vida lujoso y, en sus últimos años, incluso hedonista. Defendió a algunas minorías dentro del imperio —a los húngaros, básicamente—, pero no hizo nada por otras —los checos, por ejemplo—. Se rebeló contra la corte y su absurdo protocolo, pero en vez de desarrollar una labor eficaz a favor de los más desfavorecidos, se embarcó en viajes interminables, se compró castillos fastuosos y dilapidó verdaderas fortunas en cacerías en Inglaterra y en comprar los mejores caballos del continente. Su per-

sonalidad fue tan carismática como errática, volátil y bastante caprichosa. Era tan perspicaz como narcisista, tan fascinante como frívola.

Este libro trata precisamente de reconstruir a Sissi en todos sus matices, de liberarla finalmente del yugo de los prejuicios y mitos. En los últimos años se han publicado numerosas obras —sobre ella y también su entorno, como nuevas biografías de la archiduquesa Sofía, y tratados sobre la vida de la corte de Viena— que permiten arrojar luz sobre aquel periodo y entender mejor su existencia. Hoy podemos afirmar que Sissi, por ejemplo, tuvo una vida política mucho más interesante y relevante de lo que pensábamos previamente. Su matrimonio con Franz fue bastante peor de lo creíamos y hay pocas dudas de que la primera huida de Sissi a Madeira no se debió a una afección en los pulmones, como siempre se ha afirmado, sino al resultado de la gonorrea que él le contagió. Su relación con sus hijos fue pésima y ni siquiera con Valeria, su última hija y la única con la que, en teoría, se llevaba bien, tuvo una gran cercanía. Madre e hija acabaron distanciadas y sin saber qué decirse. Sissi no viajó a destinos lejanos por voluntad propia, sino porque estaba sola, profundamente aburrída y sin saber qué hacer con su vida.

Su vida sexual también fue mucho más intensa de lo que se ha publicado hasta ahora. Siempre se ha presentado a Sissi como una mujer romántica pero poco sensual, más coqueta que pasional, sin instintos físicos. Pero una lectura detenida y menos remilgada de las cartas a sus damas y una visión más moderna de su relación con varios hombres me permite afirmar que debió de tener varios amantes, además del conde Gyula Andrassy e incluso relaciones amorosas con mujeres. No hay duda de que estableció lo que los franceses llaman una *amitié amoureuse* con varias damas de su séquito, una serie de rela-

ciones que no se debieron consumir sexualmente pero que traspasaron los límites de la amistad para entrar en el terreno de la atracción.

Una de estas damas, la condesa Fürstenberg, publicó en sus memorias que la emperatriz era tan poliédrica, tan compleja y contradictoria que siempre iba a «vivir en leyendas, no en la historia». Pero ese reto es precisamente el que he intentado solventar en este libro: descubrir a la mujer que habitaba en los mitos y rescatar al personaje de la leyenda.